

R

O

M

A

Roma comenzaba a convertirse en bosque. El proceso era lento, muy poco había ocurrido de esta transformación cuando llegamos. Los cambios se medían en escala geológica.

De Roma no había más que un inmenso cadáver. La lluvia, la intemperie, la boca de los lobos, habían despedazado su hermoso cuerpo muerto. Sólo podíamos ver, enormes, las costillas de lo que en su día fuera Roma Ciudad Antigua.

Germinaba en los restos una vida imprevista sin embargo. Una escala menor se adueñaba de todo. Brotaba alrededor la luz y el ruido. Y habían nacido árboles, altos pinos queriendo devolver la ciudad al alto vegetal de su niñez. Antes de la ciudad, las colinas de Roma cubiertas por los árboles.

Era un proceso largo, pero ya comenzaban a notarse los trazos de aquel bosque vagamente incipiente. Sin embargo queríamos poder fijar la imagen, la ruina erosionada, el sedimento. Fijar aquel instante que nunca más sería.

Igual que las estrellas formarían otros nombres en el cielo, igual que las arrugas formarían otro rostro en el espejo, un cambio imperceptible convertía cada día la ciudad en un bosque. Cuando ya no quedara rastro ni sombra alguna de columnas, cornisa, entablamento. Cuando Roma estuviera disuelta entre las ramas y no quedara nombre ni recuerdo.

Esperando ese instante, mirábamos caer las sombras lentamente en muros y edificios. Mirábamos el río. A veces parecía que no hubiese allí nadie salvo nosotros. A veces el gran ruido, Roma Ciudad Antigua.

José Miguel Gómez Acosta